



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

Título original: BILL'S NEW FROCK

© 1988, Anne Fine

© 1988, Philippe Dupasquier

© De la traducción: 1994, Magdalena Rodenas

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-106-7

Depósito legal: M-37.566-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Quinta edición: febrero de 2020

Más de 25 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **Billy y el vestido rosa**

Anne Fine

Ilustraciones de Philippe Dupasquier

loqueleq



## Empieza un día horrible

Cuando Billy Simón se despertó el lunes por la mañana, descubrió que se había convertido en una chica. 5

Estaba todavía delante del espejo mirándose, asombrado, cuando entró su madre como un torbellino.

—¿Por qué no te pones este vestido rosa tan mono? —preguntó.

—¡No llevo nunca vestidos! —exclamó Billy indignado.

—Ya lo sé —dijo su madre—. Es una verdadera lástima.

Ante el asombro de Billy, y antes de que tuviera tiempo de protestar, le había metido

el vestido por la cabeza y subido la cremallera del costado.

—Abróchate tú los botoncitos de nácar —le dijo—. Son un poco latosos y a mí ya se me está haciendo tarde para ir a trabajar.

6 Y salió con la misma rapidez con la que había entrado, dejándole desconsolado delante del espejo, en el que se reflejaba una niña con su mismo pelo rizado color zanahoria y un vestidito rosa con frunces y botoncitos de nácar, que le miraba con la misma cara de desconsuelo.





—No puede ser —se dijo Billy—. ¡No puede ser!

Salió de su cuarto justo cuando pasaba su padre a la carrera. También se le había hecho tarde para el trabajo, pero se inclinó y le plantó un beso en la mejilla.

8 —Adiós, cielo —dijo, revolviéndole los rizos—. Hoy vas más elegante que nunca. Pocas veces te vemos con un vestidito, ¿no es cierto?

Bajó corriendo las escaleras y salió de la casa tan deprisa que no pudo ver la cara de Billy ni oír lo que mascullaba.

Bella, la gata, no pareció notar ninguna diferencia. Exactamente igual que siempre, ronroneando, restregó contra sus tobillos su cuerpo suave y peludo.

A continuación, Billy se puso a desayunar sus cereales con leche como de costumbre, convencido de que todo aquello era inevitable.

Luego salió de casa a la misma hora de todos los días. No tenía otra alternativa. A pesar de que todo era muy raro, las cosas sucedían con total normalidad, como en un sueño.

¡O a lo mejor era una pesadilla! Porque en la esquina estaba la panda de los chicos del colegio rival. Entre ellos, Billy pudo reconocer a uno al que llamaban Manu Matón, con su cazadora de cuero negro claveteada.

9

«Me parece que voy a ir por el camino largo, dando un rodeo —pensó Billy—. No quiero enzarzarme en una estúpida pelea con ellos como la semana pasada, que me dieron patadas en los tobillos y me hicieron polvo».

Justo entonces, Billy oyó el silbido más agudo que pueda imaginarse. Se volvió para ver de dónde venía semejante sonido y entonces se dio cuenta de algo horrible: ¡El silbido de Manu iba dirigido a él!

Billy se puso tan colorado que sus pecas desaparecieron. Se sintió tan estúpido que se le olvidó torcer en la esquina siguiente para dar el rodeo que había pensado y acabó pasando por delante de la panda.

10      Manu estaba hecho un chulo, apoyado en los barrotes de la verja, y siguió silbando a Billy cuando este pasó con su vestido rosa con botones de nácar.

Billy pensó: «¡Casi sería mejor que me dieran patadas en los tobillos otra vez!».

Cuando llegó a la calle principal, había una anciana de pelo gris esperando al borde de la acera para cruzar, y Billy se puso a su lado para protegerse de la banda de Manu.

—Dame la mano, ricura —dijo—. Ya verás como cruzamos la calle sin problemas las dos.

—No, de verdad, no hace falta —se resistió Billy—. Me las arreglo muy bien, en serio. Cruzo todos los días esta calle yo solo.

La buena mujer ni le escuchó. Se inclinó, le agarró de una mano y cruzó la calle tirando de él.

Al llegar al otro lado le soltó y, mirándole con aprobación, dijo:

—Llevas un vestido monísimo. Sé buena y procura no ensuciártelo.

11

Para no decir algo desagradable, Billy echó a correr.

El director estaba a la puerta del colegio, con el reloj en la mano, viendo llegar a los últimos retrasados.

—¡Esteban Iruña, a ver si te pones las pilas! —gritó.

—¡Toni Guardo, espabila!

Otro chaval dobló la esquina a toda mecha y se coló delante de Billy.

—¡Llegas tarde, Andy! —gritó el director—. ¡Tarde, tarde, tarde!

A continuación tenía que pasar Billy.

—Venga, venga, pasa —dijo el director animándole—. Date un poquito de prisa, criatura, que vas a llegar tarde a la asamblea, y eso no puede ser.

Después de decir esto entró en el colegio detrás de Billy.

12

La asamblea era un acto que todas las mañanas, antes de empezar las clases, se celebraba en la sala grande. Después de cantar un himno religioso les indicaron que se sentaran en el suelo, como de costumbre. Billy intentó con todas sus fuerzas estirarse el vestido para taparse las piernas.

La señorita Coll se inclinó hacia adelante en su silla y le dijo:

—Deja ya de enredar con tu vestido. Te estás poniendo perdida la falda manoseándola con esos dedos tan sucios.

Billy la miró con ira y mantuvo una expresión amenazadora hasta el final del acto, cuando todos se pusieron de pie como siempre.

—Ahora necesito cuatro voluntarios fuertes para que lleven una mesa al edificio de preescolar —anunció el director—. ¿Quién quiere ir?

13

Casi todo el mundo levantó la mano. ¡A quién no le gustaba darse un paseo y cruzar el patio! Además, en la clase de párvulos tenían música, un grifo con agua y botes de pinturas de todos los colores, triciclos, puzzles y unas construcciones enormes. Si disimulabas y no hablabas mucho ni muy alto, podían pasar unos cuantos minutos antes de que la profesora se diera cuenta de que eras de otra clase y te echara.

Por eso toda la sala era un bosque de manos levantadas.

El director eligió a cuatro chicos.

Al salir de la sala, Billy oyó como Astrid se quejaba amargamente a su profesora, la señorita Coll:

—¡No es justo! Siempre elige a chicos para que lleven las cosas.

14 —A lo mejor la mesa pesa mucho —dijo la señorita, tratando de tranquilizarla.

—Las mesas que hay en este colegio no pesan nada —dijo Astrid—. Además, yo soy mucho más fuerte que por lo menos dos de los chicos que ha elegido.

—Eso es verdad, señorita Coll —dijo Billy—. Siempre que jugamos a tirar de la cuerda, todo el mundo quiere que Astrid esté en su equipo.

—Bueno, bueno —dijo la señorita—. No tiene importancia. No hay que ponerse así por una tontería. Al fin y al cabo, no es más que llevar una mesa.

Cuando Astrid y Billy trataron de seguir discutiendo dijo, bastante enfadada, que el asunto se había acabado y punto.

Una vez en clase, cada cual se fue a su mesa.

—Primero, vamos a hacer ejercicios de escritura —dijo la señorita—. Y luego, como premio, leeremos un cuento.

15

Mientras la señorita Coll repartía los cuadernos y todos buscaban sus lápices y gomas de borrar, Billy miró alrededor.

Era el único que llevaba un vestido.

Flora traía unos pantalones y una blusa azul; Cristi y Nico iban los dos con vaqueros y camisa; Felipe llevaba pantalones de pana y un suéter rojo, y Talila, unos pantalones bombachos de raso rojo debajo de su blusa de seda.

De acuerdo, no había duda de que Talila iba tan elegante como para ir a un baile,

pero el único que llevaba un vestido era él, Billy.

¡Era algo horrible! ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Es que nadie se daba cuenta? ¿Acaso les parecía normal? ¿Qué podía hacer él? ¿Cuándo acabaría la pesadilla?

16 Billy apoyó la cabeza en las manos y se tapó los ojos.

—A ver, en la mesa número cinco, a trabajar se ha dicho —advirtió, enseguida, la señorita.

Se refería a él, Billy. Ya lo sabía. Así que cogió el lápiz y abrió el cuaderno. No podía hacer otra cosa. No tenía otra opción. Las cosas seguían a su aire, como en un sueño.

Escribió más de lo que era normal en él, y también con más cuidado que nunca. En comparación con las páginas de los días anteriores, se podía ver que había hecho realmente un buen trabajo.

Pero nadie lo hubiera dicho, a juzgar por los comentarios de la señorita Coll cuando lo vio.

—¡Hay que ver! —le regañó, señalando con el dedo la página escrita—. ¿No te parece que esto no está muy limpio que digamos? ¡Mira qué borrón! ¡Además, los bordes del cuaderno están como si los hubieras chupado!

17

Después pasó a examinar lo que había hecho Felipe. Estaba mucho peor que lo de Billy. Tenía muchos más borrones y el cuaderno tenía mucho peor aspecto y los bordes estaban mordisqueados. La escritura era mucho más desigual y descuidada; algunas letras eran tan enormes que parecían gigantes guiando un rebaño de letras más pequeñas a través de la página.

—No está nada mal, Felipe —dijo—. Sigue así, haciéndolo cada día mejor.

Billy no podía creer lo que oía. Estaba indignado. Cuando la señorita se alejó, agarró



el cuaderno de Felipe, lo puso en la mesa junto al suyo y comparó los dos.

—¡No es justo! —se quejó amargamente—. Tu página está mucho peor que la mía, y a mí me ha regañado y a ti te ha felicitado.

Felipe se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, ya se sabe que las chicas son más limpias. 19

Billy sintió tal indignación que tuvo que sentarse encima de las manos para no darle un par de tortas a Felipe.

En su mesa, la señorita hojeaba el libro de lecturas de la clase: *Cuentos de hoy y de siempre*.

—¿Dónde estábamos? —preguntó—. ¿Dónde nos quedamos la semana pasada leyendo? ¿Llegamos hasta el final de *Paulina piloto*?

Volvió la página y dijo:

—¡Ah! Aquí hay un cuento muy antiguo que estoy segura de que todos conocéis de

memoria: *Rapunzel*. Y hoy le toca dramatizarlo al grupo de la mesa cinco.

Levantó la vista y miró a los seis, sentados allí, esperando.

—Tú serás el labriego —le dijo a Nico—. Y tú serás la mujer del labriego —dijo, dirigiéndose a Talila—. Tú, la bruja, Flora, y tú, Felipe, el príncipe. El narrador serás tú, Cristi.

«¡No, por Dios, no, no!», pensó Billy. No se atrevía ni a respirar, cuando la señorita le miró y dijo:

—Tú serás la bella Rapunzel.

Antes de que a Billy le diera tiempo a protestar, Talila empezó a leer en voz alta. Ella y el labriego tenían una acalorada discusión sobre si era o no peligroso robar una lechuga de la huerta de la bruja, que vivía en la casa de al lado, para dar de comer a su preciosa hijita Rapunzel. Como habían empezado, Billy no quiso interrumpir, así que se

limitó a quedarse sentado pasando páginas, hasta que le tocase hablar.

Tuvo que esperar mucho rato, ya que la bella Rapunzel no parecía hacer gran cosa. La bruja la secuestraba, por despecho, y la encerraba en lo alto de una torre de piedra que no tenía puerta. Y allí se quedaba sentada, tranquila, durante unos quince años, sin crear problemas, y el pelo le crecía y le crecía.

21

No trataba de escaparse. No se quejaba. Ni siquiera se peleaba con la bruja.

En opinión de Billy, no valía la pena rescatar a alguien así. No comprendía por qué el príncipe se molestaba en salvarla. Él, desde luego, no hubiera hecho el más mínimo esfuerzo.

Después de unas tres páginas, por fin, le tocaba decir algo a Rapunzel.

—¡Ooooooooooh! —leyó Billy en voz alta—.  
¡Ooooooooooh!

No, la verdad es que el papel no era gran cosa. Cuando uno se paraba a pensar comprendía que la vida de aquel personaje no era gran cosa.

Billy levantó la mano. No pudo evitarlo.

22 —¿Qué pasa? —dijo la señorita—. ¿Qué problema tienes? —le molestaban mucho las interrupciones cuando estaban leyendo.

—No veo por qué Rapunzel tiene que quedarse en la torre, sentada, esperando que el príncipe venga a rescatarla —le explicó Billy—. ¿Por qué no puede planear su huida? ¿Por qué no puede cortarse ella misma todo ese pelo tan largo, hacer con él una



cuerda, atar la cuerda a algo y luego descolgarse por ella? ¿Por qué tiene que quedarse ahí y desperdiciar quince años esperando a que llegue un príncipe?

La señorita Coll le miró frunciendo el ceño.

—Billy Simón, hoy te estás comportando de una manera muy rara —le dijo—. ¿Qué te pasa? Es como si fueras otra persona.

¡Cómo no iba a ser otra persona! ¡Cómo iba a comportarse como siempre con ese vestido! Billy miró alrededor. Todos le miraban, esperando a ver qué decía. ¿Qué podía decir?

Menos mal que antes de que le obligaran a responder, sonó la campana que anunciaba la hora del recreo.

